

DS109
G8
c.1

DS109

G8

c.1



1080026314

BREVE

Y

SENCILLA NARRACION

DRL VIAGE QUE HIZO

A VISITAR LOS SANTOS LUGARES

DE

JERUSALÉN,

EL P. FR. JOSE MARIA GUZMAN,

AMERICANO,

hijo del Colegio Apostólico de nuestra Señora de
Guadalupe de Zacatecas en la República Mexicana:
quien la dedica á su patria.

Publicala un amigo del autor.

MEXICO: 1946.

Imprenta de Luis Abadiano y Valdés,
calle de Santo Domingo, n. 12.



FONDO ESPECIAL
VALVERDE Y TELLO

148882

DS 109

G 8



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

149635

EL EDITOR.

EL día 15 del presente mes de marzo llegó á esta Capital el R. P. FR. JOSE MARIA GUZMAN, de vuelta de Roma, á donde fué á agitar la causa de la beatificacion del V. P. Fr. Antonio Margil de Jesus, fundador de los principales colegios de Propaganda de esta América.

Aunque este fué el principal objeto de su viage, se propuso visitar los Lugares Santos de Jerusalén, interin el fiscal despachaba dicha causa en Roma; verificó su viage felizmente, y sus amigos nos llenamos de inquietud y deseos de saber todo lo que le habia pasado en tan larga peregrinacion. Luego que tuve el honor de abrazarlo, le pedí algunos apuntes de su piadosa espedicion, y satisfizo mi curiosidad franqueándome impresa en Roma, la breve y sencilla narracion que ahora presento al público, y autorizándome para que la reimprimiese. Era preciso hacerlo así; ya por el corto número de ejemplares que habrá traído para satisfacer los deseos de una multitud de personas piadosas, ó curiosas, que desean tener noticias de la Palestina; ya, porque dicha narracion está plagada de erratas de imprenta; y tanto, que en la fé de ellas llega su número á ciento y ocho, sin contar con las que se le fueron por alto al revisor; é innumerables en la puntuacion y prosodia; en Roma apenas se sabe componer en español, por lo que ésta relacion, aunque corta, tardó algunos meses en publicarse. Yo creo que hago un servicio á la religion en darla á luz, no menos que á la literatura de los mexicanos, en su segunda parte. Este pueblo esencialmente piadoso, se recrea al oír noticias de aquellos lugares donde tuvo su origen la religion que profesa, así como un buen hijo recuerda con entusiasmo la historia ó anécdotas relativos á sus padres, ó á su casa solariega, y deslinda escrupulosamente hasta las mas pequeñas circunstancias de su

IV.

genealogía, y de sus hechos. Cuando desaparece de entre nosotros un amigo ó un deudo á quien amamos tiernamente, visitamos el lugar donde le vimos hablar, donde ejerció su caridad para con los infelices, y desarroyó las virtudes que anidaba en su corazón. ¿Con cuánta complacencia, pues, no recorreremos y visitaremos con la historia aquellos mismos lugares, donde Jesucristo se mostró el mas benéfico de los hombres, donde asombró al mundo, ya con su doctrina, ya con su beneficencia, ya en un patíbulo afrentoso, derramando toda la sangre preciosa que circulaba por sus venas, para redimirnos de una muerte eterna y bien merecida? La historia nos guía como por la mano, y nos dice.... Aquí llenó al mundo de alegría con su nacimiento.... Aquí confundió en su edad tierna la sabiduría de los sábios Rabinos.... Aquí anunció por primera vez las palabras de consuelo y bienaventuranza, para preparar á los humildes á seguir su doctrina.... Aquí alimentó á cinco mil hombres con cinco peces y dos panes.... Aquí sanó una multitud de enfermos, extendiendo sobre ellos sus manos.... Aquí resucitó un muerto, y llenó de gozo á una viuda desconsolada.... Mas yo no pretendo hacer la reseña de la vida de este Dios benéfico, ni fué tal la voluntad del padre Guzman, en toda la estension de la palabra; fué sí excitar nuestra curiosidad, y aprovecharnos de ella, para remontarnos con la imaginación á pensamientos saludables, y cuya meditacion debe dar por fruto una conversacion sincera.

La relacion de este respetable sacerdote está escrita con la noble sencillez y modestia que lo caracteriza: nadie puede escucharla de su boca sin sentirse herido de los mas tiernos afectos; el fuego de caridad que aparece en este escrito, aparece tambien en sus discursos; á sus palabras siguen naturalmente los suspiros y lágrimas que brotan de sus ojos, y que van acompañadas de los que las escuchan aun sin querer. Esta especie de electricidad se conmueve y sacude sin otro conductor que el asunto mismo que

V.

trata, el cual no puede ser indiferente al que tiene un espíritu noble, y una alma cristiana y sensible. No esperen, pues, sus lectores hallar en esta relacion las bellas y poéticas descripciones de aquel Chateaubriand, que ha encantado á la Europa con su hermosa pluma; esperen, sí, ver á un peregrino cristiano, poseído de afecto á su Redentor, que lo lleva en su corazón, que lo sigue y acompaña en las escenas dolorosas de su pasión y muerte, que besa humilde aquellos lugares, ennoblecidos y santificados con la presencia y sangre de Jesucristo, y que ofrece su corazón al mismo Padre Eterno, en el mismo número lugar donde su Unigénito Hijo profundió la última gota de su sangre por redimir á un mundo delincuente. Esta es espresion de un espíritu caritativo, que no puede leerse con indiferencia, porque la noble sencillez es compañera inseparable de la verdad. Yo no la pude tener cuando le oí la muy interesante descripción que me hizo de Jerusalén: aquella ciudad, me dijo, siempre está de luto, no se oye en ella el menor ruido, ni el canto de las aves. Apenas se escuchan en el Monte Calvario los quejidos de unas tórtolas blanquesinas con cuello negro, de las que aquí conocemos por de Campeche, cuyo canto es mas bien un quejido triste, agudo y penetrante. Este rasgo me transportó á aquel terrible lugar, y me afectó del mismo sentimiento que puede ocupar el ánimo de los moradores de aquella infeliz ciudad, y que tiene bien presente el horrendo deicidio que se cometió á presencia de sus áridas colinas.

Tiempo es ya de volver nuestra vista al desengaño, y de escuchar su magestuosa voz. El filosofismo, ó dígame con mas propiedad, la incredulidad, huye hoy avergonzada de la culta Europa, habiendose ya convencido de que en la América no podía fijar su pendón ni establecer su imperio; logró, sí, por un momento, engañar á uno que otro incauto, á una que otra mugercilla necia; pero la cruel epidemia del Cólera morbus de 1833 que nos ha dejado las

impresiones mas dolorosas, hizo que volviesen de sa-
 vértigo; entonces se acordaron de la fé de sus pa-
 dres y de sus promesas consoladoras, y volvieron á
 abrazar con doble afecto y confianza aquellos prin-
 cipios de que habian renunciado cuando gozaban de
 una salud robusta. ¡Calamidad dichosa, que produjo
 tan saludable desengaño!!!... Entiendo por lo mis-
 mo, que mis conciudadanos darán una acogida favo-
 rable á esta relacion: quizá algunos se remontarán
 con la mente hasta aquellos lugares santos, harán
 serias reflexiones que los conducirán naturalmente
 á la reconciliacion con su Dios: es imposible que ocu-
 pándose de ellos deje su corazon de inundarse de es-
 peranzas y consuelos que inútilmente se buscan fue-
 ra de la religion de Jesucristo.—Tal es el objeto con
 que se procura dar á luz este precioso escrito.

HACIA ya muchos años que mi corazon de-
 seaba con ansia viajar por la Palestina, solamente
 por visitar aquellos venerables Santuarios, y ver con
 mis propios ojos los lugares felices en que un Dios
 hecho hombre, obró los misterios de nuestra Re-
 dencion. Estos deseos los miraba yo entonces como
 unos sueños, ó mas bien, como unos delirios de la
 fantasia, incapaces de realizarse, en atencion á la
 pobreza de mi estado, y á las inmensas distancias
 que separan aquella parte del globo de mi dulce y
 adorada pátria la América. Mas Dios, que cuando
 quiere facilita aun los mismos imposibles, queriendo
 por su bondad proporcionarme el cumplimiento de
 mis ansias, dispuso con su admirable Providencia,
 que por modo extraordinario pasase yo á la Santa
 Ciudad de Roma, como encargado de la Postulacion
 de la causa de beatificacion del *V. P. Fr. Antonio
 Margil de Jesus*, que hacia como cuarenta años que
 estaba casi suspensa.

Sali, pues, de Veracruz el 6 de Marzo del
 año de 1834; y despues de los disgustos, trabajos y
 zozobras consiguientes á la primera navegacion, y
 á la estacion en que emprendí mi marcha, á los
 veinte y ocho dias de ella arribé á Nueva-York,
 Ciudad populosa de Norte América. Me demoré
 allí quince dias, tanto por tomar algun descanso,
 como para hacerme cargo de la clase de gobierno
 que tienen aquellos Estados-Unidos. Admiré en
 efecto, la pulcritud, la hermosura, el aseo, la buena
 fé en los tratados, y en suma, la felicidad de aque-
 llos dichosos ciudadanos. No obstante, en aquellos
 dias fuí testigo ocular de algunas connocciones po-
 pulares á causa de las elecciones.

El día 17 de Abril tomé otro buque, y me dirigí para la Francia, y el 8 de Mayo desembarqué felizmente en Habre de Gracia, de donde me dirigí á la famosa Paris. Allí enfermé gravemente, pero con la asistencia y auxilios que me ministró mi grande amigo el Exmo. Sr. General D. Anastasio Bustamante, recobré la salud en pocos dias. Visité despues todas las cosas que llaman la atencion en esta Capital, especialmente sus jardines y fábricas, y el día 4 de Junio, volví á tomar mi camino. y atravesando casi toda la Francia y parte de la Toscana, llegué finalmente el 26 del mismo mes á la gran Roma, Metrópoli del mundo católico. Manifesté mis poderes, y fui reconocido por la Sagrada Congregacion de Ritos, como legitimo Postulador, aun antes de vestir el hábito Religioso; pues toda mi peregrinacion la habia hecho en traje de secular.

El 12 de Julio me pasé al Convento de Araceli á la habitacion que tienen los Americanos, reedificada con los mismos dineros de la causa del V. P. Margil. Me vestí el hábito, y luego comencé á agenciar la dicha causa; de modo, que á los ocho meses, esto es, el 3 de Febrero del año de 1835, se celebró la congregacion que llaman segunda preparatoria. Seguí despues mis instancias para la general *coram Sanctissimo*; pero habiendome asegurado el Promotor de la Fé, que hasta despues de seis meses no podria trabajar en mi comision, por estar comprometido con otras, determiné aprovechar este tiempo en hacer mi viage premeditado á la Tierra Santa.

A esa sazón, felizmente se hallaba recién electo en Ministro General de toda la orden Seráfica el Rmo. P. Fr. Bartolomé Altemir, sugeto recomendable, que me honraba con su amistad, y que habitaba en el mismo Convento de Araceli; le co-

munique, pues, mi intento, y no solo me lo aprobó, sino que al momento me extendió la patente á mi satisfaccion. Pasé despues á ver á N. SS. P. Gregorio XVI, felizmente reinante, y le pedí la bendicion Apostólica para partir á Jerusalén, y habiéndomela concedido benignamente su Santidad, salí de Roma el 19 de Marzo del mismo año de 1835, en compañía de un padre español llamado Fr. Pedro Clemente, que acababa de llegar á Roma de aquellos Santos Lugares, y por lo mismo era ya muy práctico en esta peregrinacion. Me acompañó tambien el hermano Donado Florentino Gomez, Zacatecano, que habia venido conmigo desde la América.

El día 28 llegamos á Viterbo, donde dicha la Santa Misa, y obtenida la licencia del Sr. Obispo, entramos al antiguo monasterio de Sta. Maria de Podio, y besamos la mano á la célebre S. a. Rosita, que es una de las incorrupciones mas extraordinarias que se encuentran por la Europa. Visitamos tambien la humilde casa de dicha Santa, que ahora está dentro de los muros del Monasterio. Dos papas han pasado á Viterbo á visitar á esta Santa, y le han besado tambien la mano.

De Viterbo nos dirigimos á Monte-Frascone, donde se encuentra el mentado vino de *Est.* De aquí al Lago de Bolsena, donde fué ahogada Santa Cristina, y al día siguiente llegamos á *Agua pendiente*, y salimos ya de los Estados Pontificios, internándonos por la Toscana, justamente llamada el *Jardin de la Italia*. Estuvimos en Sena, donde vimos la antigua Catedral en Pisa, donde admiramos la famosa Torre, el Campo Santo y Bautisterio, y en Florencia, Capital de la Toscana, donde vimos los paseos y Palacios, y visitamos los cuerpos de S. Andrés Corsino, Santa Maria Magdalena de Pazzis, B. Bartolomea Bañesi, B. Hipólito Galantini, etc.

etc. visitamos tambien la célebre Cartuja, y en el Convento de Franciscanos se nos manifestó el mismo hábito con que recibió las Llagas N. P. S. Francisco, que es de color ceniciento, y como lo acostumbra llevar los Misioneros Franciscanos de la América. Pasamos en esta Ciudad la Semana Santa, y despues nos dirigimos á Liorna, en donde tuvimos que aguardar hasta que se proporcionase embarcacion para Levante. Esta se demoró mas de lo que nosotros pensabamos, pues hasta principios de Mayo no se pudo dar á la vela para aquellas partes un Bergantin Genovés, que estaba para partir.

El 6 de Mayo de 1835 nos embarcamos en Liorna, en compañía de cuatro Religiosos Carmelitas que conducian una bellissima y portentosa Imagen de Maria Santisima, que se debia colocar en el mismo Monte Carmelo: á la proteccion de esta Señora, atribuyo la felicidad de nuestra navegacion, pues siempre hubo viento en popa: y despues de dar vista á las Islas de Córcega, Cerdeña, Caprara, etc. costeando por Malta, Candia (antigua Creta) á Chipre, llegamos finalmente el 21 del mismo Mayo á Bayrut, puerto célebre de la Siria.

Desembarcamos el 22, y el 26 á las tres de la tarde nos dimos á la vela para el Monte Carmelo en una pequeña barca de Griegos cismáticos; al dia siguiente los vientos contrarios nos hicieron tomar puerto en Seyda, que es la antigua Sidon. Todas estas ciudades ya son de Turcos, y solo se encuentran algunos Cristianos Maronitas, Armenios ó Griegos, cuyos Sacerdotes por lo comun son casados. Nos detuvimos en Sidon hasta el dia 30, en que á la una de la tarde nos embarcamos para el Monte Carmelo. El 31 amanecimos en el puerto de la antiquísima Ciudad de Tiro, que está muy destruida, y casi nada le queda de su opulencia y

celebridad primitiva. De aquí fué Rey Hirán, el que ayudó á Salomon en la fabrica del Templo.

El dia 1.º de Junio pasamos por frente de la Ciudad de S. Juan de Acre, que es la Antigua Tolemada, y como á las diez del dia arribamos al pie del Monte Carmelo. Fuimos recibidos con mucha urbanidad de aquellos Religiosos, y luego nos condujeron á su nuevo y hermoso Convento que tienen edificado en lo alto de la montaña. El 2 de Junio dije Misa en la cueva del Sto. Profeta Elias, que está bajo del altar mayor de la iglesia de dicho Convento. Visité el mismo dia la fuente del mismo Santo, la cueva de S. Eliséo, y la Escuela de los Profetas, que es una cueva espaciosa de veinte y un pasos de largo, y doce de ancho.

El 3 de Junio dije tambien Misa en la misma cueva de S. Elias, y á las diez de la noche montado en un asno aparejado, acompañado de dos turcos, me dirigí á la Santa ciudad de Nazaret. En mi vida habia yo pasado noche igual á aquella: llovió sin cesar; pero con tanta fuerza, que pasando el agua el sombrero, que era de paja, me corria con abundancia por la cabeza, rostro, estómago, y los paños interiores, creí morirme, tanto era lo que sufría; el asno cayendo y levantando, la noche envuelta en tinieblas, de modo, que no percibia cosa alguna; la senda perdida, cansadísimo, sin que comer, etc: llegó, en fin, el dia, reconoeimos la senda; pero el agua siguió en abundancia, y suplicándole á un turco que me compusiese el hábito, éste, como no entendia la lengua, me levantó una pierna, y me hizo caer al otro lado sobre el lodo y las espinas. Todos estos trabajos se me endulzaban con la consideracion de que ya finalmente me hallaba en la Palestina, y que la tierra que pisaba era una tierra bendita, santificada con las sagradas plantas de

Cristo nuestro Señor, y de su Santísima Madre. En fin, como á las diez del día llegamos á Nazaret, á aquella ciudad dichosa en donde el Verbo divino encarnó, y vivió veinte y tres años.

En la misma casa de la Virgen está el Convento de N. P. S. Francisco: me recibieron estos Padres con mucha caridad, me proporcionaron hábito y ropa para mudarme, y allí descansé de mis trabajos y caída turca.

El día 5 dije Misa en el mismo lugar donde se obró el misterio de la Encarnacion: en la tarde asistí como *Peregrino* á la procesion que diariamente se hace despues de completas, que siempre son cantadas, y me causó gran ternura el ver á los infantitos, que apuntando á un tiempo con sus dedos á aquel sagrado lugar de la Encarnacion, cantaban dulcemente: *Hic Verbum caro factum est Alleluja*, y la comunidad respondia: *Et habitavit, etc.*

Aquí es preciso advertir, para quitar equivocaciones, que aunque la Santa Casa que tenia la Santísima Virgen en Nazaret, fué trasladada por ministerio de los Angeles á Loreto, como yo mismo la ví allí el año pasado de 1834, y dije en ella dos veces la Misa: sin embargo, como las casas de los pobres en el Levante acostumbran tener en lo interior alguna cueva que sirve como de oratorio, ó recámara fresca para dormir, la casa de la Virgen tenia tambien esta cueva ú oratorio, como al presente se ve todavia al natural, y allí estaba la Señora cuando el Angel le anunció la Encarnacion. El lugar donde apareció el Angel, que corresponde á aquel donde estaba la puerta interior de la casa trasladada, que comunicaba con la cueva, está señalado con una gran columna de pórfido, puesta por Santa Helena. En el Altar de esta feliz cueva, que es todo de mármol, se dice todos los dias que no

son de primera clase, la Misa de la Encarnacion, lo mismo que en Loreto.

En el referido Altar de la cueva de Nazaret, como he dicho, celebré la Misa cinco dias; la dije tambien en la Oficina del Señor San José, que está distante de allí como un tiro de fusil: la dije así mismo en *Mensa Christi*, que es un Templo en la orilla de Nazaret, donde se ve una gran piedra que se eleva de la tierra como unos cinco palmos; allí es tradicion que comió varias veces nuestro Señor Jesucristo con sus Apóstoles, y se venera en aquel lugar una Imágen del Salvador; que dicen ser la mas parecida al original; y ciertamente encanta su hermosura y magestad. Visité tambien la fuente de la Virgen, esto es, aquella misma á donde iba todos los dias la Reina de los cielos á traer agua para sus necesidades; de esta bebe todo Nazaret. Visité tambien el *Precipicio*, que es un horrible despeñadero en el extremo de una montaña contigua á la ciudad: en este lugar quisieron precipitar á nuestro Señor sus mismos paisanos, y su Magestad se les escapó de las manos, como dice el Evangelio. Allí hay un altar excavado en la peña donde se dice Misa cuando se hace la peregrinacion, y se gana indulgencia. Lo mismo se gana en *Sefora*, poblacion distante una legua al poniente de Nazaret, patria del Señor San Joaquin y Señora Santa Ana. En fin, visité la casa del Zebedéo donde nacieron los Apóstoles Santiago el Mayor y San Juan, y está situada en un pequeño pueblo llamado *Safa*, como dos millas distante de Nazaret. Existe aun en el mismo Nazaret, la propia Sinagoga á donde continuamente concurría nuestro Señor. Yo no pude decir allí Misa cuando fuí á visitarla, porque se hallaban los Griegos celebrando sus officios.

Despues de haber estado cinco dias en Na.

zaret alojado en la misma celda en que estuvo Napoleón cuando entró á la Palestina, determiné marchar al Monte Tabor, Jordán, etc., y á las diez de la noche saí de Nazaret, acompañado con otros religiosos y dos turcos: á las dos de la mañana estábamos en la cima de aquel santo Monte, que es muy alto, hermosísimo, y está como separado de todos los montes vecinos; digimos Misa sucesivamente los cinco Sacerdotes que allí estábamos, en el mismo lugar donde el Señor se trasfiguró, y después de registrar aquel sagrado Monte, y cortar algunas varas para báculos, nos bajamos, y cantamos el Evangelio en aquel lugar en donde dijo el Señor á sus discípulos: *Visionem quam vidistis, etc.* Después nos dirigimos al Jordán, á donde llegamos como á las tres de la tarde; y habiendo tomado alguna refacción y bebido aquellas aguas, nos fuimos para el Mar de Tiberiades, que es un gran lago que se forma de las mismas aguas del Jordán, y tiene como diez y ocho millas de largo y nueve de ancho, según mi regulación. Nos dió alojamiento un turco á las orillas de este lago, y delante de nosotros un joven arrojó su pequeña red á la agua, y en menos de dos minutos sacó en ella treinta y tres peces, tal es la abundancia de ellos que contiene este lago; los tomamos todos para cenar y comer otro día que nos detuvimos allí para bañarnos. Tres veces nos bañamos en este feliz lago, en cuyas aguas tantas veces anduvo Jesucristo.

Al día siguiente pasamos á la ciudad de Tiberiades, visitamos la Sinagoga de los Judios, hablamos con los rabinos, y allí una Judia joven trataba de inducirnos á su secta; la despreciamos y nos retiramos á la iglesia de S. Pedro, en donde este Santo Apóstol fué tres veces examinado por Jesucristo sobre el amor que le tenia, y fué encarga-

do del gobierno de la iglesia. Hay allí un cuadro hermosísimo que manifiesta al vivo todo el pasaje, remitido por el Bey de Portugal. De aquí nos dirigimos para el Monte de Pan y Peces, que dista de Tiberiades como cinco millas. En el tránsito se descubre á lo lejos la ciudad de Cafarnaum, casi destruida, en donde fué llamado S. Mateo al Apostolado, y es lugar famoso en el Evangelio por los muchos milagros que allí obró el Salvador: se ve tambien el lugar donde estaba situada Genesaret, en donde Jesucristo obligó á los demonios á entrar en los animales inmundos, los que luego se precipitaron en el lago, que es el mismo de Tiberiades. Se ven asimismo las ruinas de Betsaida, patria de los Apóstoles S. Pedro, S. Andrés y S. Felipe. En lo alto de la montaña está situada la antigua ciudad de Betulia, en donde se quebrantaron las fuerzas de los Asirios por la valiente y famosa Judit.

Llegamos en fin, al Monte de Pan y Peces. al mismo lugar en donde nuestro Señor Jesucristo con cinco panes y dos peces dió de comer á cinco mil hombres, como refieren los Evangelistas; se cantó allí el Evangelio, pues siempre para este efecto se lleva todo lo necesario; y después de tomada alguna refacción nos dirigimos al Monte de las Bienaventuranzas, en donde Jesucristo predicó aquel divino sermón, comenzando por las palabras: *Beati pauperes, etc.*, se cantó el Evangelio, y nos fuimos al campo de las Espigas, en donde Jesucristo mandó á los Apóstoles cortar algunas espigas para socorrer su necesidad. Aquí tambien se cantó el Evangelio, y nos marchamos á Caná de Galilea, patria de los Apóstoles S. Simón, S. Mateo y S. Bartolomé. Está ésta poblacion muy arruinada, pero su situacion es hermosa. Vimos la casa de S. Bar-

tolomé y despues pasamos al lugar en donde se celebraron aquellas bodas, en las que Jesucristo obró su primer milagro, convirtiendo el agua en vino á petición de su Madre santísima: ahora es un templo arruinado que está en poder de los turcos, los que nos permitieron cantar allí el Evangelio para ganar la indulgencia, pues en todos estos lugares están concedidas muchísimas indulgencias por varios Sumos Pontífices; despues vimos la fuente de donde se extrajo la agua, que la dá muy buena, y como ya era tarde, con unas tórtolas que se mataron con la escopeta en aquellos árboles, un poco de arroz que llevabamos, y leche agria que nos vendieron los turcos, comimos y nos regresamos á Nazaret, á donde llegamos de noche. Me detuve aun en Nazaret otros dos dias celebrando y orando cuanto pude en el lugar de la Encarnacion. El dia de la Santísima Trinidad, me concedieron los Padres que cantara la Misa, la que me solemnizaron mucho, y yo mandé preparar con tiempo en el refectorio otros dos principios de ave para la comunidad, lo que me costó muy poco.

En el mismo dia, que fué el 14 de Junio á las tres de la tarde determiné irme para Jerusalén, no obstante que se decia que habia peste; quise irme para la Samaria, por donde regularmente iban á Jerusalén todos los años Jesucristo y sus santísimos Padres. Este camino ha sido muy peligroso y muy pocos lo han andado por el justo temor que tienen á los samaritanos: mas en este año estaban desarmados por Ibrain Baja, y así me arresgué á ir por enmedio de ellos. Salí, pues, á caballo, acompañado de dos turcos; y dejando á la izquierda el Monte Tabor, la ciudad de Naim, el Monte Hermon y los Montes de Gelboé, donde murió Sani, llegué ya muy entrada la noche á Ginin, siendo donde sa-

hieron á Jesucristo aquellos diez leprosos que curó su Magestad. y solo uno volvió á darle las gracias. Aquí comienza la Samaria.

El 15 á la madrugada salí de Ginin, y como á las once llegué á Sebaste, ciudad antigua y muy arruinada, donde estuvo sepultado S. Juan Bautista; como á las seis de la tarde llegué á la antiquísima ciudad de *Siquén* llamada hoy por los turcos *Napulosa*, capital de toda la Samaria; atravesé por toda la ciudad sin experimentar mas vejacion que ciertas palabras injuriosas que nos gritaban unos muchachos turcos. Pasamos al Pozo de la Samaritana, que distará de la ciudad como dos millas, vimos allí inmediato el Sepulcro del antiguo José, el campo que dió Jacob á este querido hijo suyo, el monte Betél, etc., y por temor de algunos turcos que parecian asecharnos, caminamos en la noche hasta llegar á una muy pequeña poblacion, en donde estaba un turco principal, que nos recibió con muestras de benevolencia. Allí descansamos un poco, y el 16 muy temprano proseguimos nuestro viaje, y como á las once del dia, para librarnos del sol que nos abrasaba, nos entramos á una gruta inmediata al camino; nos refrescamos allí, tomamos alimento, y siguiendo la marcha como á las cinco de la tarde llegamos á *Mocmas*, sitio en donde la Virgen y Sr. S. José echaron menos al Niño Jesus, y se volvieron á buscarlo á Jerusalén. Como á las seis de la tarde descubrimos los muros de la santa aunque ingrata Jerusalén, cuya vista no puede menos de causar en un corazon cristiano muy encontrados afectos: la devocion, la ternura, la tristeza, la alegría, la gratitud, el amor, la indignacion, todo conturba el espíritu. Allí se representa á la imaginacion hasta donde pudo llegar el amor y dignacion de un Dios para con los hombres, y hasta donde

pudo llegar la ingratitud y perfidia de estos para con su Dios. Todo esto se me representó vivamente á la primera vista de Jerusalén, y no pude menos que derramar muchas lágrimas; y bajando del caballo me postré á besar aquella tierra bendita, para ganar la indulgencia plenaria que hay concedida por esto. Y considerando que si me detenía un poco, podrian cerrar las puertas de la ciudad, monté pronto á caballo, y apresurado el paso logré entrar por la puerta que llaman de Damasco, un momento antes que cerrasen las guardias. Me dirigí luego al convento de S. Salvador, y hallé que estaba cerrado por el temor de la peste; no obstante, me recibieron aquellos Religiosos en un Hospicio de abajo, manteniendome tres dias incomunicado por el dicho temor, hasta que el dia de Corpus 18 de Junio, pude ya decir Misa, y tratar con los Padres que me obsequiaron extraordinariamente.

A otro dia, por la limosna corriente, tomé unas cajas de rosarios y cruces, y tambien me dieron los Religiosos muchas cosas apreciadas.

El 20 bajé con mis compañeros al convento del santísimo Sepulcro, pagué á los turcos que tienen las llaves del templo, y me abrieron. Entré, adoré el Sepulcro de mi Dios con la devocion que pide, lo mismo hice en el Monte Calvario, piedra de la uncion, lugar de la division de las vestiduras, etc., y aunque el convento estaba cerrado, por el temor de la peste; pero el sacristán que era un Religioso Murciano llamado Fr. José Valverde, que vivia por separado con puerta interior al templo para cuidar de las lámparas, etc., me dió alojamiento en su habitacion; con esto me quedé con él gustosísimo, pues tenia la entrada franca de dia, y de noche á la hora que queria, á todos aquellos santos y venerables Santuarios.

El dia 21 dije Misa sobre la lápida sola del santísimo Sepulcro. † El 22 y 23 dije Misa en el santo Monte Calvario, renovando, aunque indigno, el mismo Sacrificio que en aquel propio lugar ofreció Jesucristo por nosotros.

En todos estos dias hice aberturas por mañana y por tarde, pagandoles á los turcos para que me dejaran salir, y me abrieron cuando volvía, para de esta suerte tener proporcion de visitar todos los lugares venerables de aquella santa ciudad. El primer dia me fuí al Monte Sion; vi donde despues de la Ascension vivió y murió la santísima Virgen. Visité el santo Cenáculo, en donde hizo nuestro Señor la última cena, instituyó el santísimo Sacramento, y despues de resucitado apareció á los Apóstoles. Aquí fué donde reunidos éstos despues de la Ascension, celebraron la eleccion de S. Matias, recibieron el Espíritu Santo en compañía de la santísima Virgen, y de aquí despues se derramaron por todo el mundo á predicar la doctrina de Jesucristo *De Sion exhibit lex.*

Este lugar tan venerable y tan sagrado, está por nuestros pecados hecho mesquita de turcos, y no dejan entrar allí á los cristianos; pero á mí por providencia de Dios me permitieron entrar á hacer oracion. Saliendo de aquí me fuí á la casa de Caifás, á donde fué juzgado digno de muerte el mismo Autor de la vida. Todo esto estaba antiguamente dentro de los muros de la ciudad, pero destruida estaba por los romanos, y vuelta á reedificar, ha quedado fuera de ellos. De la casa de Caifás me fuí al torrente Cedron, por el mismo camino que anduvo nuestro Señor, cuando lo traían preso del huerto de Getsemaní; en aquel torrente, que está ahora seco, y se deja ver en medio del profundo Valle de Josafat, cayó nuestro Señor cuando lo conducian atado, y dejó impresa en una dura peña la planta del pie,